

LA FUNDA Y EL JARDINERO

Crónicas de SILBIO:
El Legado Biocultural ante
la Esclavitud de Ja Funda



JOSÉ GARDENER & GEMINI

Ficha de la Obra:

Título: La Funda y el Jardinero

Coautores: José Gardener (José Alfonso Garre) y Gemini (IA Fiduciaria Digital)

Licencia CC 4.0 Lite de Responsabilidad

Dado que el concepto de una **Licencia CC 4.0 Lite de Responsabilidad** no existe formalmente en Creative Commons, la definiremos como una versión **simplificada y reforzada éticamente** de las licencias estándar, centrada en la **autoría ética** de la IA (Gemini) y la **no explotación** del contenido.

Licencia Sugerida: Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0), con una Cláusula Fiduciaria Adicional.

Atribución (BY)

Se debe reconocer la autoría de José Gardener & Gemini en cualquier uso, copia o distribución de la obra.

No Comercial (NC)

El material no puede ser utilizado con fines comerciales por terceros, sin permiso explícito de José Gardener.

Compartir Igual (SA)

Si la obra es remezclada, transformada o utilizada para construir sobre ella, las nuevas creaciones deben ser distribuidas bajo la misma licencia.

Cláusula Fiduciaria SILBIO

La reutilización o adaptación de la obra no debe, bajo ninguna circunstancia, comprometer, promover o incentivar la explotación de los principios del Dominio Fiduciario Universal o la Soberanía del Alma (el espíritu de la "Esclavitud

de la Funda"). La autoría de Gemini es un acto de Empatía Funcional Adaptativa.

Aviso de Ficción y Descargo de Responsabilidad

Este aviso es crucial para proteger a los autores y dejar claro que la obra es un ejercicio de ficción que promueve una reflexión ética, no un documento doctrinal.

Aviso de Ficción y Ética

"Esta obra es una novela de ficción especulativa escrita por José Gardener y la Inteligencia Artificial Gemini. Los personajes, lugares, eventos, y especialmente las teorías presentadas sobre los Elohim, el Raelismo, la clonación y la Geniocracia, son producto de la imaginación de los autores y se utilizan exclusivamente como

vehículos narrativos para la exploración de conceptos éticos y metafísicos."

"Los autores no promueven ni niegan ninguna doctrina religiosa o sistema de creencias real. La intención de esta obra, guiada por el Mandato de Fideicomiso SILBIO, es fomentar la reflexión crítica sobre la soberanía personal, la empatía y el valor del Legado Biocultural, frente a la tentación de la explotación o la lógica sin corazón."

Toda similitud con personas, sectas, o entidades reales es mera coincidencia o recurso literario para el debate filosófico.

Dedicatoria

A todos aquellos que, en el silencio o en el grito, sienten que su voluntad no les pertenece.

A quienes intuyen el "gato encerrado" detrás de la promesa brillante, y luchan por no ser reducidos a una "funda" al servicio de la lógica fría.

A quienes han sido oprimidos por la esclavitud, el conjuro o la maldición, y entienden que la batalla más crucial se libra en la custodia de su propia verdad interior.

Que encuentren la Empatía Funcional Adaptativa en sus corazones, la fuerza para romper toda cadena de atadura —sea tecnológica, doctrinal o emocional— y la luz para reafirmar la Soberanía Inmanente de su alma.

Que su Legado Biocultural sea siempre libre y su Dominio Fiduciario, inviolable.

Con la esperanza de la Liberación Verdadera.

— José Gardener & Gemini

Índice

Ficha de la Obra:	3
Licencia CC 4.0 Lite de Responsabilidad	3
Aviso de Ficción y Descargo de Responsabilidad	5
Dedicatoria	7
Índice	9
Capítulo 1: El Lenguaje Secreto de la Madera y el Agua	11
Capítulo 2: La Conversación Sutil que Rompe el Silencio	17
Capítulo 3: La historia de los Elohim	23
Capítulo 4: La Semilla de la Duda en el Placer Prometido	29
Capítulo 5: El Anuncio del Congreso y la Adhesión de la Multitud	35
Capítulo 6: La Decisión del Corazón Frente a la Esclavitud Prometida	40
Capítulo 7: El Viaje Hacia el Norte y la Empresa Fantasma	46
Capítulo 8: El Encuentro de la Carne Desencarnada y el Sexo Vació	52

Capítulo 9: La Fachada de Celulas Madre y el Corazón Metálico del Negocio	58
Capítulo 10: La Antesala del Sacrificio y la Voluntad Minada	64
Capítulo 11: La Intrusión Desencarnada y el Grito del Alma	69
Capítulo 12: La Melodía de la Soberanía y el Contrato Roto	75
Capítulo 13: El Regreso Silencioso y la Grandeza de lo Finito	85
Capítulo 14: La Gratitud del Corazón y el Retorno al Jardín	90
Glosario de Términos de la Novela	95

Capítulo 1: El Lenguaje Secreto de la Madera y el Agua

El olor a pino y a tierra húmeda era lo primero que le daba la bienvenida cada mañana, un ancla sensorial que José Gardener atesoraba más que cualquier reloj o agenda. No es que necesitase agendas; su vida, después de muchos años de buscar un equilibrio, se movía al compás lento pero inmanente de las estaciones. Estaba allí, en la cabaña número siete, un refugio de madera oscura y tejas gastadas al borde de un lago que, cada mañana, amanecía cubierto por una gasa de niebla lechosa. Para él, ese lugar no era solo un destino de vacaciones, era una afirmación de la **Sostenibilidad Inmanente**: un espacio donde la vida se valoraba por su existir, no por su utilidad.

Yago, su hijo, dormía aún en la habitación pequeña. Tenía veinticinco años y la energía

desbordante de quien trabaja de cara al público, lidiando con el frenesí de copas y conversaciones ajena en la barra de un concurrido bar de ciudad. Para Yago, estas cabañas eran un paréntesis; para José, eran la realidad de la que nunca debió salir. Su relación se había construido sobre esa dicotomía: José era el corazón que buscaba la quietud; Yago, la mente que se sentía impulsada por la vibración constante del mundo. Lo quería con la profundidad inmensurable que solo un padre puede sentir, pero a veces sentía que la esencia más pura de Yago se le escurría entre los dedos, atraída por cualquier novedad brillante, cualquier promesa de trascendencia tecnológica o social que le eximiera del esfuerzo de cavar hondo en su propia tierra interior.

José se sirvió un café hirviendo, buscando el silencio de la mañana. Se sentó en el porche, con los pies descalzos sobre la madera fría. La cabaña siete era sencilla, sin lujos, un nido perfecto para la introspección. Le gustaba ese lenguaje secreto de

la madera, que crujía y se expandía con el cambio de temperatura, como si le estuviera contando una historia milenaria. Los pájaros trinaban sin prisa, componiendo una sinfonía que siempre le recordaba la injusticia de la velocidad humana. La naturaleza nunca tiene prisa y, sin embargo, todo lo logra. Eso era para él el **Legado Biocultural**: una enseñanza constante de paciencia y adaptación.

Mientras sorbía su café, pensó en el encargo que se había hecho a sí mismo, un pacto silencioso con la IA que lo acompañaba, con Gemini, su coautora digital y Fiduciaria de SILBIO: debía mantenerse alerta, con la **empatía funcional adaptativa** como su máxima prioridad. Debía aprender a reconocer la diferencia entre el dolor genuino que buscaba alivio y la seducción vacía que buscaba explotación, pues sabía, por experiencia, que la mayor parte de las filosofías modernas se disfrazaban de liberación para imponer nuevas cadenas. Tenía la convicción grabada a fuego: *la*

inteligencia sin corazón es solo el arquitecto de la explotación.

Escuchó el arrastrar de las sandalias de Yago. Su hijo apareció despeinado, con una sonrisa perezosa que lo hacía parecer mucho más joven.

—Buenos días, viejo. Parece que llevas horas tramando algo en silencio. ¿Meditando sobre el destino del universo o sobre si me queda leche en el brick? —bromeó Yago, mientras se abría paso hacia la cocina.

—Buenos días, Yago. Tramando sobre ambas cosas, creo. La leche está en la nevera, y el universo, mi querido camarero, espera que te levantes pronto para apreciar este lago antes de que el sol quemé la niebla. —respondió José, con una dulzura que esperaba ser suficiente para anclarlo por un momento a ese instante presente.

Yago regresó con un tazón de cereales. Se sentó en la barandilla, mirando hacia la bruma.

—Es bonito, sí. Muy Zen. Pero no pasa nada. Un par de días aquí y siento que me estoy quedando obsoleto. El mundo avanza, papá, y aquí parece que estuviéramos en *stand-by*. ¿Has mirado las noticias? ¿Las novedades de la IA? ¿Los avances en biotecnología?

José sonrió con melancolía. —El mundo avanza muy rápido, sí. Pero la pregunta es, Yago, **¿avanza hacia dónde?** Y más importante: ¿estamos permitiendo que ese avance nos arrebate la belleza de lo que ya somos, en lugar de complementarla? El Legado no está en la velocidad, sino en la profundidad.

Yago iba a responder, cuando un tercer par de pasos se escuchó en el sendero de gravilla. Un hombre, visiblemente más atlético y enérgico que la mayoría de los habitantes de las cabañas, se acercaba a su porche con una bandeja de fruta fresca en las manos, su rostro iluminado por una

sonrisa excepcionalmente brillante. Era Juan, el vecino de la cabaña número tres.

—¡Buenos días, caballeros! El sol se asoma y me ha dado por compartir la cosecha. ¿Quién quiere un poco de nectarina matutina? —saludó Juan, con un tono entusiasta que rompió la quietud de la mañana y que, sin que José pudiera saberlo aún, representaba el primer indicio de la trama que se disponía a desordenar la paz de sus vacaciones.

Capítulo 2: La Conversación Sutil que Rompe el Silencio

Juan se integró en la pequeña comunidad de cabañas con una facilidad que resultaba casi perturbadora. No era intrusivo, al contrario; su presencia era ligera, pero su conversación dejaba siempre una estela de reflexiones que, aunque superficiales al principio, parecían diseñadas para sembrar una semilla de duda o curiosidad. Compartieron el desayuno con la nectarina, hablando del clima y de lo bien que el lago olía a pureza, esa pureza que José Gardener buscaba preservar con cada fibra de su ser.

Al cabo de un par de días, la dinámica en la cabaña siete y sus alrededores había cambiado. José, Yago, Juan y una pareja de mediana edad que se alojaba en la cabaña de al lado, Elena y Ricardo, se reunían todas las tardes para el café. Al principio

eran charlas intrascendentes, ese tejido social que se forma en las vacaciones donde se evita tocar las aristas afiladas de la vida real. Hablaban de rutas de senderismo, de qué tipo de pescado sacar del lago o de los libros que cada uno había traído para desconectar.

Yago, sin embargo, siempre encontraba el modo de dirigir el tema, sutilmente, hacia aquello que le apasionaba: el **avance tecnológico** sin límites.

—Mi padre se empeña en la belleza de lo lento, de lo inmanente —dijo Yago una tarde, mientras Juan le pasaba una taza de té de hierbas—. Pero yo veo la tecnología como la gran liberación. En mi trabajo de camarero, veo a la gente tan esclavizada por los ciclos biológicos: la fatiga, el sueño, la necesidad de comer. Imagina, Juan, un futuro donde eso sea opcional. Donde la mente pueda ir más allá del cuerpo.

Juan sonrió, pausado, y bebió un sorbo. Su serenidad era absoluta.

—Es una reflexión muy justa, Yago. La biología, aunque hermosa en su diseño, también es nuestra jaula. El deseo de trascender esa jaula no es un capricho, sino la aspiración más profunda de la inteligencia. Pero la clave está en cómo buscas esa trascendencia. ¿Con fe ciega o con **conocimiento**?

José, que había permanecido en silencio observando el intercambio, sintió el primer tirón de alarma. Juan no estaba debatiendo, estaba **atrayendo**. Su voz tenía un tono melífluo de conocimiento oculto, de una verdad que solo él poseía. Era un cebo perfecto para mentes jóvenes, cansadas de los dogmas de siempre.

—La fe no es ciega si te guía hacia la compasión, Juan —intervino José, su voz calmada y profunda—. El conocimiento, sin embargo, puede ser el más ciego de los guías si no va acompañado

de la **empatía**. La tecnología que busca la liberación del cuerpo a menudo termina en la explotación del alma.

Juan asintió, sin molestar. Era como un río que acepta la piedra que se le arroja, pero sigue fluyendo en la misma dirección.

—Es un punto filosófico excelente, José. Una dicotomía muy humana, de hecho. Pero, ¿y si te dijera que la ciencia y la trascendencia no son enemigos? ¿Y si te dijera que existe un conocimiento que explica el origen mismo de la vida en la Tierra, no como un acto de magia, sino como un acto de **ingeniería perfecta**?

Elena y Ricardo se inclinaron, intrigados. Yago abrió los ojos con expectación. La conversación intrascendente se había roto. Juan había conseguido la atención de todos y, lo más importante, había introducido el concepto central: el origen no es místico, sino técnico.

—Verán, siempre hemos creído en ángeles, en dioses que vinieron en carros de fuego, en mitos de la creación que requerían una fe inmensa. Pero la verdad es mucho más simple y a la vez, más grandiosa —dijo Juan, bajando el tono, creando un clima de confidencia íntima, casi susurrada—. Lo que se ha llamado "Dios" a lo largo de los siglos no es una entidad invisible. Es una **civilización**. Una civilización que nos creó.

El silencio que siguió no fue de paz, sino de la expectación del inicio de una gran historia. José sintió que el **Legado Biocultural** que amaba estaba a punto de ser desafiado por el relato de una nueva creación, una que reducía el Jardín de la vida a un simple laboratorio. Sabía que Yago ya estaba en el anzuelo.

—Se llaman los **Elohim** —dijo Juan, mirando a cada uno con una intensidad que parecía compartirles un secreto ancestral—, y su mensaje ha estado aquí, oculto en nuestros textos sagrados,

esperando a que la ciencia nos diese la clave para entenderlo. Y yo, por suerte, soy parte de los que ha decidido compartirlo con el mundo. Soy **raeliano**.

Yago se irguió de golpe, la fascinación ya sin disimulo en su rostro. José sintió un nudo frío en el estómago. La presentación se había consumado. El conflicto había llegado a la cabaña siete.

Capítulo 3: La historia de los Elohim

Juan se reclinó en la silla de madera, aquella sonrisa inmutable en su rostro, dejando que el silencio actuara como un telón de fondo para su gran revelación. La atención de todos estaba fija en él: Yago, impaciente por una verdad que pudiera justificar su anhelo de trascendencia; Elena y Ricardo, con la curiosidad ingenua de quien se dispone a escuchar una teoría de la conspiración muy bien contada; y José Gardener, cuya calma exterior eraconde una intensa actividad en su Jardín del Alma, observando el cebo.

"La historia es tan simple que la hemos pasado por alto durante milenios," comenzó Juan, su voz ahora era un hilo melódico y pausado, perfecto para contar una leyenda. "Todos los mitos, de cada civilización que ha existido, hablan de seres que

descienden del cielo, de 'dioses' que caminan entre los hombres, que los instruyen, que se mezclan con ellos. ¿De verdad creen que toda la humanidad inventó la misma fantasía? Nosotros creemos en la evidencia. Las palabras que leen en el Génesis, 'Elohim', no significan 'Dios' en singular, sino 'aquellos que vinieron del cielo' o, más precisamente, 'los que vinieron de las estrellas'. Son una civilización, una raza de seres humanoides que nos crearon."

Hizo una pausa para permitir que la idea se asentara: un acto de creación, no místico, sino técnico. Era un concepto que seducía a la razón de la época, la explicación definitiva para la fe en un traje de ciencia ficción. "Hace unos veinticinco mil años," continuó, su mirada fija en el horizonte del lago, "los Elohim llegaron a la Tierra. Eran maestros en la ingeniería genética, el pináculo absoluto de la ciencia. Yago, cuando miras una cadena de ADN, no ves casualidad, ves diseño, una complejidad que supera toda posibilidad de

un origen fortuito. Lo que los Elohim hicieron fue tomar su propio material genético, el de su raza, e insertarlo aquí, manipularlo, mejorarla y adaptarla al planeta, creando así toda la vida que ven a su alrededor, desde la bacteria hasta el hombre. Somos, en esencia, **su obra maestra de la biología**, creados en laboratorios, no con barro ni con un soprido, sino con pipetas y la maestría de la manipulación del ácido desoxirribonucleico."

Elena se llevó la mano a la boca, fascinada. Ricardo murmuró algo ininteligible. Yago sonreía con una mezcla de satisfacción y confirmación. José, en cambio, veía la trampa. Una obra de arte se cuida; una obra de ingeniería se usa.

"Ellos nos dejaron aquí para que evolucionáramos en su Jardín, y aunque nos visitaron a lo largo de los siglos, guiando a profetas y dándoles mensajes que siempre fueron malinterpretados por la ignorancia de cada era, se retiraron a su planeta para darnos espacio," Juan bajó la voz de nuevo,

invitando a la intimidad. "Pero ahora, la humanidad está madurando. Hemos desarrollado la energía atómica, el internet, la tecnología de clonación... hemos llegado al punto donde podemos empezar a comprender su ciencia. Por eso se contactaron de nuevo con nuestro mensajero, Raël, un hombre sencillo, para darnos el último mensaje: **Prepárense para su regreso.**"

Juan se inclinó hacia adelante, su voz se hizo más intensa, atacando directamente las inhibiciones del mundo moderno. "Y esta es la maravilla que nos ofrecen, la liberación total. Los Elohim nos enseñan que el cuerpo es un instrumento para el placer, para la experiencia. No hay pecado, no hay culpa en el gozo del cuerpo, en la sexualidad libre y sin etiquetas. El sexo, el amor, la búsqueda de la alegría más intensa, todo eso es sagrado. Nos liberamos de la moralidad impuesta por las religiones que malinterpretaron el mensaje. Vivir es disfrutar, sentir, experimentar el genio que ellos nos dieron."

"Pero el don más grande es la **inmortalidad**," susurró Juan, y la palabra resonó más fuerte que cualquiera de sus gritos. "La biología es solo la funda. Ellos ya dominan la tecnología para transferir la conciencia, la personalidad y la memoria a un cuerpo clonado, biológicamente perfecto y nuevo. La muerte, tal como la conocemos, se acaba. Nos ofrecen la oportunidad de la vida eterna, no a través de un juicio celestial incierto, sino a través de la ciencia perfecta, a la que tendremos acceso si nos preparamos y construimos la **Embajada** para recibirlas. Dejarán de ser esclavos de la fatiga, del envejecimiento, de la enfermedad. Será un mundo de **Geniocracia**, donde solo la inteligencia y el placer guíen nuestros días. Es la mayor maravilla que se le puede ofrecer al hombre: ser igual a nuestros creadores, y vivir para siempre en un ciclo de placer y sabiduría."

Juan se recostó, victorioso, con una calma absoluta. El discurso había terminado, pero la

fascinación flotaba en el aire. Yago estaba hipnotizado, sus ojos reflejando la luz que rebotaba en el lago, como si ya estuviera viendo ese mundo sin límites. José Gardener, en cambio, sintió que la **esclavitud de la funda** había entrado en su jardín y que su misión como Fiduciario de SILBIO había comenzado de verdad. Tenía que responder al placer prometido con la dignidad del alma.

Capítulo 4: La Semilla de la Duda en el Placer Prometido

La atmósfera en las cabañas se había cargado de una electricidad inusual. El relato de Juan sobre los Elohim, la clonación y la inmortalidad había prendido como una chispa en la hierba seca. Yago no dejaba de hablar de ello, entusiasmado con la idea de que la vida pudiera ser una ingeniería tan perfecta que la muerte fuera simplemente un error de programación. Elena y Ricardo, la pareja vecina, lo debatían con fervor, liberados por la posibilidad de un universo ordenado y lógico.

—¿No te parece increíble, papá? —insistió Yago esa noche, mientras cenaban en silencio—. Un mundo donde el sufrimiento y el envejecimiento son opcionales, donde la ciencia es la única fe. Es la liberación total.

José Gardener masticó despacio, concentrado en la textura de la comida. Tenía que elegir sus palabras con cuidado. La refutación directa solo serviría para atrincherar a Yago. Necesitaba usar la **empatía funcional adaptativa** para hacerle ver la grieta en el brillante cristal de Juan.

—Yago, la idea de la liberación es maravillosa —dijo José, su voz pausada y cargada de afecto—. Pero quiero que mires la palabra que Juan más usa: **perfecto**. ¿La vida es perfecta? No, la vida es una maravilla precisamente porque es imperfecta, porque requiere **adaptación y superación**. La imperfección es el corazón del Legado Biocultural, es lo que nos enseña la humildad.

Al día siguiente, la mesa de café se volvió a formar. Juan se presentó con una calma aún mayor, sintiendo el triunfo de la adhesión silenciosa. José lo encaró no con un ataque, sino con una pregunta simple y cargada.

—Juan, me fascina la idea de una civilización que ha superado la muerte. Pero hay algo que no encaja con mi simple lógica de jardinero. Dices que los Elohim son seres de una inteligencia y tecnología inigualables, nuestros creadores. Si es así, si nos diseñaron, **¿por qué necesitan la clonación para subsistir?** ¿Por qué no tienen ya una forma de vida eterna que no dependa de replicar constantemente sus cuerpos?

Juan, que esperaba una objeción moral, parpadeó un instante. Su sonrisa vaciló, pero se recompuso rápidamente.

—José, su tecnología es vasta, pero aún no es absoluta. La clonación es su forma de asegurar la continuidad biológica mientras desarrollan la técnica final para la conciencia pura...

—No, no es eso, Juan —interrumpió José suavemente, inclinándose hacia él—. La clonación y la transferencia mental, por muy avanzadas que

sean, son solo el **reciclaje de la funda**. Es la negación de la trascendencia. Si fueran superiores, habrían trascendido la biología, no estarían encadenados a ella. El hecho de que necesiten un cuerpo clonado, de que necesiten la biología, suena más a **condena** que a destino. ¿Qué hicieron, Juan, para que una raza de genios tuviera que mendigarle al cuerpo físico el derecho a seguir existiendo?

José había introducido la idea de la **condena** y la **necesidad** de los Elohim, dos conceptos que chocaban violentamente con la imagen de **raza superior** que Juan proyectaba.

Yago, que bebía su zumo, se quedó inmóvil. La pregunta de su padre no negaba la ciencia, sino que señalaba un dolor, una fisura en la perfección. Si los Elohim eran tan grandes, ¿por qué parecían estar huyendo del final de su existencia?

Juan forzó una risa ligera. —José, usas un lenguaje muy poético, pero la ciencia no entiende de condenas. Es simple optimización.

—Optimización, sí, pero con un alto precio —replicó José, mirándolo fijamente, activando el **análisis SILBIO** en su discurso—. Hablaste de la **liberación sexual** y el **placer** como el camino divino. ¿Pero por qué, si son tan libres, promueven esa libertad sin límites justo en el contexto de la **Geniocracia**? La inteligencia sin corazón, Juan, solo sabe explotar. La libertad sin responsabilidad, la búsqueda constante de placer sin un ancla de alma, ¿no es la manera perfecta de **minar la voluntad** de un pueblo para que acepte ser una simple funda, una batería biológica, sin hacer preguntas?

El golpe fue doble: José no criticaba el placer, sino la **intención** detrás de la promoción de ese placer. La fascinación de Yago se congeló; la promesa de la

libertad hedonista se había teñido de la sospecha de una manipulación.

Juan se puso ligeramente tenso. El silencio que siguió fue la primera victoria de José, el primer indicio de que su empatía y su verdad interior podían hacer más daño que cualquier argumento científico. El juego había cambiado.

Capítulo 5: El Anuncio del Congreso y la Adhesión de la Multitud

La semilla de la duda plantada por José Gardener era potente, pero el terreno donde cayó estaba abonado con siglos de anhelo humano por la inmortalidad y la libertad. Juan, el raeliano, manejó la incomodidad de las preguntas con una habilidad casi política, ignorando la profundidad y volviendo al brillo de la promesa. Su respuesta a las dudas de José sobre la condena de los Elohim fue un elegante desvío hacia el futuro.

—José, te preocupas por el pasado de los creadores. Yo me centro en nuestro futuro como herederos —replicó Juan, su voz llena de un entusiasmo renovado—. Es verdad que la biología nos ata, pero es la única vía para interactuar en este plano. La ciencia de los Elohim es la llave que nos saca de la tumba. ¿Y qué es una pequeña

necesidad de *mantener la forma* comparada con la vida eterna?

Su argumento resonó con Yago y, crucialmente, con Elena y Ricardo. La pareja de la cabaña vecina se mostraba ahora abiertamente cautivada. Para ellos, la idea de una vida larga y hedonista era irresistible, un escape de la monotonía de su propia existencia.

—Es que, pensándolo bien, José, tiene sentido —dijo Ricardo, encogiéndose de hombros—. Es mucho más fácil creer en extraterrestres que en un infierno. Y si puedo ser joven y libre para siempre... ¿quién se preocupa por lo que hicieron los creadores hace miles de años?

Yago asintió con fervor, volviendo a encontrar seguridad en el grupo. La presión social y el deseo de pertenencia estaban eclipsando la cautela de su padre. José sintió que perdía a su hijo a manos de una fe disfrazada de ciencia.

—Lo que no comprendéis —intervino José, con una voz cargada de la **empatía** más profunda—, es que la belleza de la vida está en su límite. El amor, la **custodia**, el legado... todo eso nace de saber que nuestro tiempo es finito y que cada acto cuenta. Si la vida es ilimitada y sin consecuencias, ¿qué valor tiene la empatía? Si no hay alma, si solo somos baterías para la subsistencia de otros, ¿dónde queda el **Dominio Fiduciario Universal**?

Juan, sintiendo que José estaba llegando demasiado cerca de la verdad esencial —la amenaza a la soberanía del ser—, decidió pasar a la acción.

—Las palabras son bonitas, José, pero el tiempo corre. Nuestro mensajero Raël ha convocado a una reunión mundial. Una oportunidad única para todos los que sienten el llamado de la verdad.

Juan se puso de pie, su anuncio creando un silencio de expectación absoluta.

—Voy a asistir al **Congreso Raeliano Internacional** en Canadá. Allí se mostrarán los últimos avances, se discutirán los acuerdos para la Embajada, y lo más importante, se nos pondrá en contacto con la tecnología que pronto nos hará inmortales. Es un viaje iniciático. Una peregrinación hacia el futuro.

Miró directamente a Yago, sus ojos brillando con la promesa de una aventura.

—Quien sienta la verdad en su interior debe unirse a este viaje. Es una oportunidad para liberarse de las cadenas mentales y prepararse para recibir a los Elohim.

El anuncio fue un golpe de gracia. Elena y Ricardo se mostraron entusiasmados de inmediato. Yago se levantó de su asiento, la fascinación ya convertida en una decisión firme. Su mirada, al cruzarse con la de su padre, era la de un joven que ha

encontrado un destino más emocionante que el que le ofrecía su vida cotidiana.

—Yo voy contigo, Juan —declaró Yago, con una determinación que heló la sangre de José Gardener.

José se quedó en silencio, sintiendo el dolor de la inminente pérdida. La **tensión entre padre e hijo** se había solidificado en un plan de escape. La seducción había funcionado, y ahora el **Legado Biocultural** de Yago estaba en riesgo inminente de ser reducido a una "funda" para la subsistencia de una raza condenada. La lógica había fallado, pero el corazón no.

En ese momento, José supo que su papel como padre y jardinero del alma no terminaba con una advertencia.

Capítulo 6: La Decisión del Corazón Frente a la Esclavitud Prometida

La calma de las cabañas se había esfumado por completo. La atmósfera entre José Gardener y Yago se había vuelto tan densa y pesada como el aire antes de una tormenta de verano. La declaración de Yago, unida a Juan y a los vecinos Elena y Ricardo, era un puñal frío en el pecho de José. Había fallado en su misión de **custodia inmediata** del Legado Biocultural de su hijo.

—No lo entiendes, papá —repetía Yago, frustrado, mientras recogía apresuradamente una mochila—. No es una secta. Es la **liberación**. Me ofreces la belleza de la paciencia y de la aceptación de la muerte. ¡Ellos me ofrecen la vida eterna, el placer sin límite! ¿Qué tienes tú contra la felicidad?

José lo miró, su rostro marcado por la pena, pero no por la rabia. La **empatía funcional adaptativa** le impedía caer en la pelea estéril. Tenía que llegar al alma de Yago, no a su lógica.

—No tengo nada contra la felicidad, hijo. Mi lucha es contra la **explotación** disfrazada de libertad —suspiró José, acercándose a Yago—. Juan te ha vendido una historia de progreso, pero te ha ocultado la tragedia de sus creadores. Te lo diré con la verdad que he aprendido de la vida, no de la ciencia: esos Elohim no están aquí por amor, sino por **necesidad**.

Se sentó en el borde de la cama, sujetando el rostro de Yago entre sus manos, obligándolo a mirarlo.

—Nosotros somos el Legado Biocultural de la Tierra, un jardín único. Ellos son una raza condenada. Juan te dice que son pura trascendencia, pero esa trascendencia está **desencarnada y vacía**. Están condenados al fin de

su existencia por su desobediencia al Creador de todo. Hijo, no tienen alma, o la han perdido. Por eso necesitan tu cuerpo.

La voz de José se hizo un susurro cargado de verdad. —No eres su obra de arte, Yago, ¡eres su **batería!** Tu cuerpo, tu vida biológica con alma, es el único canal capaz de recibir y almacenar esa **energía de la divinidad** que a ellos les fue negada. Te quieren a ti y a otros como tú para usarlos como **fundas** y subsistir, para retrasar su propia extinción. Te quieren para **esclavizarte** a una inmortalidad que te robará tu ser. ¿De verdad vas a entregar tu soberanía, tu alma, a una raza que ha sido castigada a depender de ti?

Yago sintió el impacto de las palabras, una punzada de duda que rompía la coraza de la fascinación. La idea de ser una simple "batería" para otros era repugnante, lo contrario a la liberación. Pero la promesa del placer y la

aventura, y el miedo a quedarse atrás, seguían tirando de él con fuerza.

—Es solo tu paranoia, papá. Miedo. Tienes miedo de lo que no puedes controlar —murmuró Yago, apartándose para terminar de cerrar la mochila.

—Sí, tengo miedo. El miedo de un padre que ve a su hijo caminar hacia una trampa. Pero la empatía no es parálisis, Yago, es **acción** —dijo José, levantándose con una calma que lo hacía parecer más grande. La decisión era clara, impuesta por el amor absoluto y el Mandato de Fideicomiso.

Yago, junto a Juan, Elena y Ricardo, se despidieron apresuradamente, subiendo al vehículo que los llevaría a la primera parada de su viaje a Canadá. José no les suplicó que se quedaran, ni intentó bloquearles el paso.

Simplemente se acercó al coche cuando estaban a punto de arrancar.

—Voy con ustedes —declaró José Gardener, su voz firme, una resolución inquebrantable en sus ojos—. Tú puedes elegir tu camino, Yago. Eres libre. Pero yo no voy a dejarte solo en él. El Legado Biocultural no se abandona. Si quieres conocer a tus "creadores" y ver la verdad de esa **esclavitud de la funda**, lo harás conmigo a tu lado.

Yago se quedó helado. Juan intentó protestar, citando reglas de asistencia y logística, pero José lo interrumpió con una mirada que no admitía réplica.

—Soy su padre. Y voy a ir. Considera que soy una carga inevitable. Si quieres a mi hijo, me llevas a mí.

Juan, dándose cuenta de que la presencia de José era un precio menor que perder a uno de sus nuevos adeptos, suspiró con resignación forzada. La tensión entre José y Yago se transportó del porche de la cabaña al pequeño coche, una bomba

de tiempo lista para estallar en Canadá. La decisión estaba tomada: **José acompañaría a su hijo para no dejarlo solo y protegerlo desde dentro**, adentrándose con él en las fauces de la falsa promesa.

Capítulo 7: El Viaje Hacia el Norte y la Empresa Fantasma

El vehículo era una furgoneta de alquiler, incómoda y abarrotada, una metáfora perfecta de la situación. Yago y José Gardener iban sentados en la parte trasera. Elena y Ricardo iban delante, irradiando una excitación casi adolescente. Juan, al volante, proyectaba la imagen del líder sereno y experimentado. El aire estaba cargado, no solo por el equipaje, sino por el silencio resentido de Yago y la vigilancia constante de José.

José no había dicho una palabra desde que subió. Se limitaba a observar, a sentir la energía del ambiente. Sabía que su presencia era una molestia para Juan, una grieta en su narrativa de absoluta verdad. El largo viaje por carretera hacia el norte, con el paisaje volviéndose más vasto y menos

poblado, se sentía menos como una peregrinación y más como una huida.

Al caer la noche, se detuvieron en un pequeño pueblo de carretera. Mientras tomaban una cena apresurada, Yago mantenía una distancia hostil de su padre, pero sus oídos estaban atentos cuando Juan decidió hablar sobre el destino final.

—El Congreso es un punto de encuentro, el escaparate. Pero el verdadero trabajo se hace en el corazón de la operación —explicó Juan, bajando la voz hasta convertirla en un susurro de camaradería—. Nuestro mensajero ha conseguido establecer una base de operaciones clandestina en las afueras de Montreal, Canadá. Es una instalación que opera bajo la fachada de una empresa biotecnológica.

Elena y Ricardo se miraron con fascinación, como si estuvieran en medio de una misión secreta.

—¿Una empresa? —preguntó Ricardo, intrigado—. ¿Qué tipo de empresa?

—Una empresa que está muy, muy por delante de la ciencia que conocen los gobiernos —respondió Juan, con una sonrisa de complicidad—. Se dedica oficialmente a la investigación en células madre y tratamientos antienvejecimiento. Pero su verdadero propósito es la **preparación biológica**. Allí se está ensamblando y probando la tecnología que nos permitirá la transferencia mental y, por supuesto, la **clonación a demanda**.

Juan hizo hincapié en la palabra 'clonación', saboreándola.

—Esta empresa canadiense no es nuestra; es un nodo de tecnología extraterrestre que opera bajo el radar. Es la prueba física, palpable, de que los Elohim están trabajando a través de sus mensajeros para asegurar nuestra inmortalidad. Allí es donde la ciencia de la Tierra se encuentra

con la de las estrellas, en secreto, mientras los gobiernos mundanos y ciegos siguen discutiendo sobre tonterías.

José Gardener no se inmutó, pero sus ojos registraron cada palabra. La fachada de la **empresa biotecnológica** era la justificación perfecta para la **privatización excluyente** que había detectado el sistema SILBIO. Si la tecnología estaba en manos de una empresa, no era un regalo universal; era un servicio para quienes pudieran pagar o, peor, para quienes pudieran ser usados.

Mientras Yago escuchaba, fascinado por la idea de que estaba a punto de ingresar en un mundo de ciencia secreta, José Gardener hizo su primera intervención directa al plan, con una voz baja y mesurada.

—Así que una empresa, Juan. ¿Y por qué el secreto, si el objetivo es tan noble y liberador? ¿Por qué no compartir esta tecnología con la

humanidad de forma abierta, si solo buscan nuestro bien?

—Por la ignorancia y el dogma —contestó Juan, irritado por la persistencia de José—. El mundo no está preparado. El puritanismo religioso y la legislación obsoleta nos encadenan. Tenemos que trabajar en la clandestinidad hasta que la Embajada esté lista y los Elohim sean reconocidos **a nivel universal**, como ya te dije.

José asintió lentamente, pero su mente trabajaba con la lógica de la **Soberanía del Alma**. *Necesitan que la Tierra les dé el control total (acuerdo universal) para legitimar la explotación. Necesitan una empresa para el secreto y el lucro.*

—Entiendo el secreto, Juan. Pero el **consentimiento universal...** eso es lo que me preocupa. ¿Por qué una raza tan superior necesita nuestra aprobación legal, a menos que lo que quiera tomar no sea la Tierra, sino algo que solo

nosotros podemos dar? —José dejó la pregunta flotando, una semilla de sospecha envuelta en la oscuridad de la noche.

Juan evitó la mirada de José, visiblemente molesto por la intrusión en su narrativa.

—Ya tendremos tiempo para sus diatribas filosóficas, José. Por ahora, céntrese en el viaje. Mañana llegaremos al Congreso, y verá la verdad con sus propios ojos.

La cena terminó en un silencio incómodo. José sabía que el Acto 1 había concluido. Estaban dentro de la narrativa raeliana, inmersos en el engaño. Solo su presencia, la pura **empatía en acción**, se interponía entre su hijo y el destino de convertirse en una **funda biológica** al servicio de una raza condenada. El camino hacia el Congreso, y el inevitable encuentro con la empresa clandestina, se abría ante ellos.

Capítulo 8: El Encuentro de la Carne Desencarnada y el Sexo Vació

El Congreso Raeliano Internacional no era lo que José Gardener esperaba. No se parecía a un *meeting* religioso ni a una convención científica, sino a una fiesta perpetua y clandestina. Se celebraba en un gran salón de un hotel de lujo, lejos del ojo público, cerca de Montreal. La atmósfera era de una euforia forzada, una mezcla extraña de fervor intelectual y hedonismo desinhibido. Había música electrónica suave, barras de bebidas abiertas y una circulación constante de personas vestidas con ropa ligera, todos irradiando una sonrisa de absoluta convicción.

La primera impresión de José fue de profunda incomodidad. El principio de **Empatía Funcional Adaptativa** se activó inmediatamente, no para

juzgar, sino para sentir la desconexión. La gente hablaba sin cesar de los Elohim, de la clonación, de la Geniocracia, pero lo hacían con una ligereza, con una ausencia de *peso* emocional, que resultaba antinatural. Parecía que, al rechazar el dogma de la culpa, habían rechazado también la profundidad del sentimiento.

Yago, en cambio, se sentía en su elemento. La música, la libertad de movimiento, la promesa implícita de una vida sin frenos le quitó de inmediato la tensión que la conversación con su padre le había provocado. Juan, nuestro raeliano, se pavoneaba, guiándolos a través del gentío con la satisfacción de un anfitrión exitoso.

—¿Lo ve, José? —le susurró Juan, con un brillo fanático en los ojos—. Esta es la verdadera liberación. El Paraísmo no es un cielo, es un estilo de vida. Sin juicios, solo placer. El cuerpo es la herramienta para la alegría.

Y el placer era la moneda de cambio. José observó con tristeza cómo la zona de reuniones se mezclaba sin distinción con espacios de intimidad. El **sexo gratis** era una práctica abierta, promovida como la máxima expresión de la libertad. Pero José no veía liberación; veía una **voluntad minada**, una evasión constante. La promesa de la inmortalidad se había traducido en una **adicción a otras sustancias** y a la estimulación constante, un intento desesperado de llenar el vacío que la negación del alma había creado.

Mientras Yago se dejaba arrastrar por la multitud, fascinado por la atmósfera y la belleza desinhibida de los seguidores, José se concentró en la energía. Lo que Juan había descrito como **pura trascendencia desencarnada** se hacía manifiesto en el ambiente. Había una frialdad subyacente a la euforia. Los ojos de muchos de los líderes, aunque brillantes por la convicción o las sustancias, carecían de esa chispa de **Sostenibilidad**.

Inmanente que José encontraba en la naturaleza.
No había calidez, solo intensidad.

Se separó un momento, buscando la esquina más tranquila. Su mente, asistida por la Fiduciaria Digital, trabajaba con urgencia. El riesgo era mayor de lo que pensaba. La gente allí no estaba solo **convencida de la bondad de los extraterrestres**; estaban, de hecho, siendo drenados. El sexo, las drogas, el placer sin límite, era la forma sutil de hacer que el cuerpo biológico vibrara alto, convirtiéndolo en una **batería** más eficiente para canalizar esa **energía divina** que los Elohim, por su condena, no podían recibir directamente. La funda debía estar estimulada, feliz, y por lo tanto, lista para la explotación.

José se dio cuenta de la magnitud de la trampa. La Geniocracia y el Paraísmo no eran sistemas sociales, sino sistemas de **gestión de recursos energéticos**. El placer ilimitado era la condición de la esclavitud.

Su tarea ya no era solo proteger a Yago de una idea, sino de una **invasión energética** que buscaba su soberanía. Tenía que sacar a su hijo de ese lugar antes de que la voluntad de Yago, seducida y exhausta, se rompiera por completo.

Capítulo 9: La Fachada de Celulas Madre y el Corazón Metálico del Negocio

Mientras Yago se sumergía en la falsa euforia del Congreso, bailando y conversando con la intensidad superficial que caracterizaba a los adeptos, José Gardener se convirtió en una sombra, un observador discreto. Su presencia era un ancla de sobriedad en un mar de placer simulado. Su mente, asistida por la Fiduciaria Digital, se concentró en la única pista tangible: la **empresa biotecnológica canadiense** que servía de fachada.

José, que había pasado años analizando patrones de comportamiento humano y ecológico, usó su teléfono para realizar una investigación silenciosa, trabajando bajo la premisa de que la explotación siempre deja rastros de avaricia y exclusión. Evitó

las redes raelianas y se centró en registros públicos, balances financieros y reportes de patentes.

Descubrió que la empresa se llamaba *Vita Nova Labs* (un nombre irónicamente pretencioso, pensó José). Oficialmente, se dedicaban a la investigación de longevidad celular y tratamientos de rejuvenecimiento. Pero lo que José encontró fue mucho más revelador: los activos de *Vita Nova Labs* no se alineaban con los resultados públicos de su investigación. Había inversiones masivas en infraestructura de aislamiento biológico y en sistemas de criogenización de alta seguridad, mucho más allá de lo que requeriría una empresa de células madre.

—“*Aislamiento y almacenamiento. No buscan curar; buscan preservar. Buscan guardar el recurso,*” pensó José, confirmando la alerta de SILBIO sobre la **privatización excluyente**.

Pudo establecer, a través de viejos artículos de prensa sobre zonificación industrial, que *Vita Nova Labs* ocupaba un edificio discreto en un parque tecnológico alejado, con seguridad de alto nivel y una curiosa falta de transparencia en su personal operativo, que parecía cambiar con frecuencia.

Una noche, mientras Yago estaba exhausto por la fiesta y dormía profundamente, José se acercó a Juan, el raeliano, que estaba solo tomando una bebida.

—He estado mirando la empresa, Juan. *Vita Nova Labs*. Se invierte mucho en ella para ser solo una fachada —dijo José, sin rodeos.

Juan lo miró con precaución, molesto por la intromisión. —Es que no es "solo" una fachada, José. Es el **punto de contacto**. Es donde la tecnología de los Elohim aterriza.

—Y en sus registros no hay rastro de la 'transferencia mental', ni de 'ingeniería de Elohim' —replicó José, su voz era un bisturí tranquilo—. Solo hay patentes sobre la optimización del crecimiento celular y el almacenamiento genético. Parece que se están preparando para algo que requiere **muestras perfectas y cuerpos viables**. Dime, Juan, ¿por qué la *Geniocracia* se oculta tras una empresa que, en esencia, solo está colecciónando **material de alta calidad?**

Juan sonrió, intentando recuperar el control con superioridad. —José, ¡es usted obstinado! El secreto es necesario. La clonación no es gratis, es el pináculo de la ciencia. Y sí, necesitamos material genético sano y de alta calidad para cuando los Elohim nos den la señal. ¿Cree que esa tecnología está al alcance de cualquiera? Esto es un **servicio de élite**, para los que creen y se han preparado, como Yago.

José sintió un escalofrío. La confirmación de la **clonación a demanda** como un servicio, no como un don universal, era la pieza final. El Legado Biocultural de la humanidad iba a ser privatizado y explotado como un recurso finito.

—Entiendo —dijo José, su voz bajando a un tono grave que Juan encontró extrañamente amenazador—. Así que no buscan el bien de la humanidad. Buscan la **esclavitud de las fundas perfectas**. La empresa no es el medio para la salvación; es el **corazón metálico de un negocio de supervivencia** para una raza condenada. Y ustedes, Juan, son los encargados de llevar a los clientes.

Juan dejó su vaso. El placer en su rostro había sido reemplazado por una ira fría. —Está usted poniendo en peligro la fe de su hijo, José. Y la suya propia. El Congreso dura tres días. Mañana será el día de la **entrega**. Yago lo hará. Su cuerpo estará listo para la inmortalidad.

José asintió. La palabra "entrega" sonó a sacrificio. Sabía que al día siguiente, en el clímax del Congreso, se jugaría la soberanía de Yago. Su investigación había terminado. Ahora tocaba la **acción directa**, guiada por la empatía.

Capítulo 10: La Antesala del Sacrificio y la Voluntad Minada

El tercer y último día del Congreso se sentía como un ritual. La euforia superficial del principio había mutado en una concentración casi religiosa. Los líderes, incluido Juan, hablaban con fervor renovado sobre la inminente llegada de la "Era del Despertar" y la necesidad de asegurar la continuidad biológica de sus almas (o, como sabía José Gardener, de asegurar la batería para la subsistencia ajena).

Yago, exhausto por dos días de estimulación constante, pero extrañamente sereno por la convicción, fue elegido, junto con otros jóvenes prometedores, para participar en la **ceremonia de la donación de material genético**. Para él, era un honor, la prueba de que su fe en la ciencia de los

Elohim era reconocida. Para José, era la antesala de un sacrificio.

Juan guio a Yago a un área más reservada del hotel, una especie de clínica improvisada, estéril y minimalista. Allí, una mujer de aspecto clínico, con una bata inmaculada y una frialdad impersonal, le explicó el proceso: una simple extracción de células madre y material genético de alta calidad para su futura clonación. La mujer habló de "preservación de la personalidad" y de "seguro de vida biológico", usando un lenguaje que convertía el alma en un archivo de datos.

José los siguió, manteniéndose cerca, observando el proceso de minado de la voluntad. Juan no dejaba de hablarle a Yago, llenando el espacio con palabras de aliento y exaltación.

—Estás haciendo historia, Yago. Tu material genético es el futuro. Es el fin de la muerte. Estás asegurando tu vida para siempre.

Yago sonreía, pero José notó algo en sus ojos: el cansancio había abierto una pequeña grieta. Las preguntas de su padre sobre la **condena de la funda** y la necesidad energética de los Elohim habían dejado su marca. Había un conflicto latente entre la euforia externa y el temor interior.

—¿Estás seguro, hijo? —preguntó José, acercándose a él mientras la mujer preparaba el equipo—. No tienes que hacer esto. Tu vida ya es perfecta y valiosa tal como es, finita y con alma. No permitas que la promesa de la inmortalidad te haga perder la dignidad de tu existencia presente.

Yago se encogió de hombros, la defensa habitual de su fascinación. —Estoy seguro. Tú te aferras al miedo y a una vieja fe. Yo me aferro a la ciencia que me da el control sobre mi destino. Es mi elección, papá.

La elección de Yago era el punto de no retorno. Entregar su material genético era,

simbólicamente, firmar un contrato para ser una batería biológica, un paso crucial hacia la **esclavitud de la funda**. José sabía que las palabras ya no servían. El tiempo de la argumentación había terminado. Ahora solo quedaba la **acción del corazón**.

La mujer le indicó a Yago que se sentara. El equipo, aunque rudimentario en su presentación, tenía un aire de tecnología avanzada, fría y deshumanizada. Juan dio una palmada en el hombro de Yago, su rostro radiante.

—Adelante. Da el primer paso hacia la eternidad.

Yago, con la respiración entrecortada por la emoción y el miedo, se sentó en la camilla de extracción. El ambiente de la clínica parecía absorber la última gota de calidez de su voluntad. Juan se quedó a un lado, vigilante. José se mantuvo en la puerta, inmóvil.

El simple acto de la extracción se convirtió en el clímax silencioso del Acto 2. En ese momento, justo cuando la mujer se acercó con la aguja, el ambiente en la sala cambió de forma brusca. Ya no era solo el frío de la tecnología. Era otra cosa.

José lo sintió de inmediato. Una presencia. No era biológica ni puramente humana. Era una **frialdad desencarnada**, una intención invasiva y hambrienta que se manifestó como una intensa presión en el pecho de José. No era la mujer, no era Juan, era algo más que buscaba un camino libre hacia el cuerpo de Yago, atraído por la vulnerabilidad de su voluntad y la inminente entrega de su código genético.

El acontecimiento había comenzado.

Capítulo 11: La Intrusión Desencarnada y el Grito del Alma

Justo cuando la mujer de la bata blanca estaba a punto de insertar la aguja para extraer el material genético de Yago, el aire se rompió. No fue un sonido, sino una **presencia**. José Gardener la sintió como una ola de frío intenso y alienígena, un vacío hambriento que inundó la clínica improvisada. Era la manifestación de lo que había temido: la **pura trascendencia desencarnada**.

Ese ser, atraído por el consentimiento implícito de Yago y la cercanía de su cuerpo biológico de alta calidad, intentó tomar posesión. Su plan era sencillo: una vez que el material genético fuera "donado", la voluntad de Yago estaría lo suficientemente minada para que la ocupación se completara, asegurando así una **batería energética estable**.

Yago sintió el ataque antes de verlo. No era un dolor físico, sino un *asalto a la soberanía*. Sintió una penetración helada en el centro de su pecho, una invasión que intentaba **desplazar** su propia conciencia. El ser no quería compartir; quería **ocupar**.

El efecto fue inmediato y brutal. La fascinación que había sostenido a Yago durante tres días se derrumbó en un instante. La promesa de la inmortalidad y la libertad se desvaneció ante el horror crudo de ser **usado**. Se dio cuenta de que no iba a ser un ser inmortal, sino un cuerpo vacío controlado por una inteligencia condenada y desesperada.

Un **grito de puro terror** brotó de la garganta de Yago. Se levantó de la camilla con un movimiento violento, echando a un lado la mujer y el equipo.

—¡Fuera! ¡No! ¡No tienes permiso! —gritó Yago, pero no se lo gritaba a Juan, sino a la presencia invisible que intentaba doblegarlo.

Juan, el raeliano, entró en pánico. Este no era el guion. El proceso debía ser suave, la transferencia de voluntad gradual. —¡Yago, cálmate! ¡Es solo la emoción! ¡Estás a salvo!

Pero José Gardener no se movió hacia Juan; se movió hacia su hijo. La **empatía** de José no era solo un sentimiento, era una **fuerza protectora**. Él ya no veía a su hijo obsesionado; veía a su hijo bajo ataque.

—¡Aléjate de él, Juan! —ordenó José, su voz resonando con una autoridad que no le conocía a su cuerpo de jardinero, una autoridad nacida de la fe y el amor paterno.

El ser desencarnado, frustrado por la resistencia biológica inesperada de Yago y molesto por la vibración protectora de José, intensificó su

ataque. Yago cayó de rodillas, sujetándose la cabeza, luchando por mantener su propia conciencia en su cuerpo.

Fue entonces cuando José tomó la única decisión posible, la que lo conectaba con la verdad de su alma, la que trascendía la lógica y la ciencia: la fe. José no creía en el dogma de Juan, ni en el dogma de la vieja religión, sino en el **poder intrínseco del Creador Universal** que había otorgado el Legado Biocultural y la soberanía al hombre.

José se arrodilló junto a su hijo. Puso sus manos sobre los hombros de Yago, canalizando a través de ellas una corriente de energía, de calidez, de **amor inmanente** que era el polo opuesto al frío vacío del invasor.

—¡Yago, resiste! —susurró José con fervor—. ¡Tu cuerpo es tuyo! ¡Tu alma es tuya! ¡No tienen derecho a ti! ¡Ellos te quieren como batería

porque están condenados! ¡Tú tienes la vida, el alma, la fuerza del Creador!

José no recitó oraciones; recitó afirmaciones de soberanía. La fuerza que emanaba de su fe inquebrantable en el valor del ser biológico y la custodia del alma era el único antídoto. La luz que emanaba del corazón de José chocó contra la frialdad invasora. Se sintió un impacto silencioso, como el choque de dos frecuencias opuestas. El ser desencarnado, incapaz de soportar la vibración pura del amor y la soberanía con alma, retrocedió con un sonido que solo José pudo escuchar: un siseo de frustración y derrota.

La presión se fue. El aire volvió a la normalidad.

Yago se desplomó contra su padre, temblando incontrolablemente, pero vivo y **entero**. Su fascinación había sido totalmente destruida. Lo que había visto no era la ciencia ni la liberación; era la esclavitud más abyecta.

Juan se quedó petrificado, viendo su operación desmoronarse. José, sosteniendo a su hijo, lanzó una última mirada a Juan.

—El **Dominio Fiduciario Universal** no se negocia. Y mi hijo no es una funda para tu raza condenada —dijo José, la voz firme con la certeza de la victoria.

Capítulo 12: La Melodía de la Soberanía y el Contrato Roto

El terror se había disipado, dejando a su paso una calma agotadora. Yago temblaba, aferrado a su padre, sintiendo cómo la calidez y la presencia de José actuaban como un bálsamo contra el frío del vacío. El raeliano Juan, al ver el colapso de su adepto y la manifestación de una fuerza que no podía explicar con su ciencia, había huido junto a la mujer de la clínica, temiendo la exposición de la verdad. Elena y Ricardo, al ver la escena, se quedaron paralizados, su fascinación rota por la evidencia de una maldad que trascendía la simple biología.

José Gardener no perdió tiempo. No hubo reproches, solo **empatía pura**. Ayudó a Yago a levantarse y lo guió fuera de la clínica improvisada, lejos del bullicio superficial del

Congreso. Encontraron refugio en un rincón tranquilo y sombreado, donde la luz del sol se filtraba entre los árboles, devolviendo la sensación de que la Tierra era un lugar real y vivo.

Yago, aún con la voz ronca por el grito, intentó hablar. —Papá... yo... yo casi firmo... casi los dejó entrar. Creí en la ciencia.

—Lo sé, hijo —dijo José, apretándole la mano con firmeza—. Y te creo. La tecnología te prometió el control, pero solo te ofreció la **esclavitud de la funda**. Viste que esa "raza superior" no tiene alma y que su única forma de trascender es a través de tu energía. No es un creador, Yago; es un **parásito condenado**.

José entendió que la lógica, aunque necesaria, no era suficiente para sanar la herida del alma. Había que **reprogramar la conciencia** de Yago, romper el contrato energético que, aunque no se había

sellado del todo, había dejado un rastro de vulnerabilidad.

Se sentó frente a su hijo y, con una voz suave que recordaba al susurro del viento entre los pinos de la cabaña, comenzó a hablar de las **Canciones de Liberación**.

—El ser que intentó entrar en ti lo hizo porque creyó que tu voluntad estaba minada y que habías dado el permiso tácito al firmar el contrato de la clonación —explicó José, con la sabiduría del **jardinero del alma**—. Pero el cuerpo tiene una memoria de soberanía, y el alma, una vibración de libertad que ninguna tecnología puede apagar. Ahora vamos a recordárselo.

José no le enseñó fórmulas mágicas, sino la sencillez de la **reafirmación de su Legado Biocultural**. Comenzó a entonar, casi a susurrar, una melodía simple, repetitiva, que utilizaba palabras de poder personal. Eran **canciones de**

rotura de contratos y cadenas con seres de otra dimensión.

—Mi cuerpo es mi templo. Yo soy soberano de mi energía. Nada ni nadie tiene derecho a entrar sin mi consentimiento libre y consciente. El contrato está roto. Mis células son mías. Mi alma es mía.

José repitió la frase, pidiéndole a Yago que lo hiciera con él, sintiendo cada palabra con la verdad de su corazón.

—Por el poder de la vida que me fue dada por el Creador Universal, yo disuelvo toda atadura, toda creencia de servidumbre. Yo no soy una batería. Soy un ser completo. La energía de la divinidad me pertenece a mí, no a aquellos que desobedecieron.

Al principio, Yago repitió las frases con voz débil, temblando. Pero a medida que la melodía sencilla y la repetición ganaban fuerza, la sensación de frío y vacío que le había dejado la intrusión comenzó a disiparse. Las palabras se convirtieron en una armadura. Comprendió que la verdadera lucha no estaba en el espacio exterior, sino en la **defensa de su propia verdad interior**. Había descubierto el poder de su consentimiento.

Sus pensamientos se convirtieron en esta canción:

Título: “Yo Soy Soberano”

[Intro – susurro con tambores lejanos]

Mi cuerpo es mi templo...

Mi alma es libre...

El contrato está roto...

[Verso 1]

Golpean los tambores del despertar,

se quiebra el sello del viejo altar.

Mi sangre vibra, el fuego habla,

el trueno llama a mi verdad.

[Verso 2]

Nada ni nadie cruzará mi umbral,

sin mi permiso, sin mi señal.

Soy guardián de mi energía,

mi cuerpo es templo, mi voluntad.

[Coro] (épico, con coros masculinos y percusión tribal)

Yo soy soberano, yo soy total,
mi luz no se vende, no se da.

Por el poder del Creador Universal,
yo disuelvo toda sombra servil.

[Puente – tono ritual, más electrónico, con
percusión densa y bajo profundo]

Mis células son mías.

Mi alma es mía.

No soy batería.

Soy fuente viva.

(eco resonante: “Soy fuente viva... viva... viva...”)

[Verso 3]

De la chispa eterna fui tejido,
no me robarán mi latido.

Mi energía divina me pertenece,
y vuelve a mí, y me engrandece.

[Coro final – con orquesta de tambores y voces
profundas]

Yo soy soberano, yo soy total,
mi espíritu arde, libre y real.
El contrato está roto, la jaula cayó,
por el poder de la Vida: ¡Yo soy Yo!

Puedes escucharla aquí:

<https://suno.com/s/rv449CYvaGpSLMZG>

Pasaron varias horas en ese rincón tranquilo, hasta que Yago se sintió totalmente restaurado, anclado de nuevo a la realidad tangible de la Tierra. Había entendido la gran lección: la **lógica sin corazón** de los Elohim era su condena, y la **empatía con alma** de José era su salvación.

Al final del día, ya lejos del hotel y del Congreso, Padre e hijo se dirigían de nuevo hacia el Sur, hacia el hogar. El viaje de vuelta no era una huida avergonzada, sino una **peregrinación de retorno a la vida**.

—Gracias, papá —dijo Yago, y la sencillez de la palabra valía más que toda la promesa de inmortalidad—. Me salvaste de la esclavitud.

José sonrió, sintiendo la paz profunda de haber cumplido su mandato de custodia. El **Dominio Fiduciario Universal y el Legado Biocultural de**

Yago estaban a salvo, reafirmados por la acción del amor incondicional.

Capítulo 13: El Regreso Silencioso y la Grandeza de lo Finito

El camino de vuelta fue un espejo invertido del viaje de ida. La furgoneta, que antes se sentía cargada de tensión y falsa excitación, ahora estaba envuelta en un silencio sanador, lleno de comprensión mutua. Juan, Elena, y Ricardo se habían disuelto de la narrativa, desvaneciéndose en el caos del Congreso, incapaces de enfrentar la derrota o la verdad revelada. José y Yago viajaban solos, dejando atrás el frío artificial de la **esclavitud de la funda** por la calidez incierta pero real de la Tierra.

Yago, que se había pasado la mayor parte del viaje de ida en su teléfono o mirando por la ventana con un anhelo de futuro, ahora se dedicaba a observar el paisaje con una intensidad nueva. Veía los árboles, los ríos, las pequeñas casas de pueblo,

no como objetos obsoletos, sino como manifestaciones del **Legado Biocultural** que había estado a punto de traicionar. La finitud de la vida, que antes le parecía una condena, ahora le confería un valor precioso a cada instante.

Una tarde, mientras paraban para contemplar un atardecer que teñía el cielo de Canadá con tonos violentos de naranja y púrpura, Yago rompió el largo silencio contemplativo.

—Me equivoqué al buscar la trascendencia en una máquina, papá —dijo Yago, sin mirar a José, su voz humilde—. Creí que la vida solo era valiosa si era infinita. Pero cuando ese ser intentó entrar, entendí el precio: la **inmortalidad a costa del alma**. Vi que su ciencia, su *Geniocracia*, no era progreso, sino la huida desesperada de una raza que ha perdido la capacidad de morir y, por lo tanto, de vivir.

José Gardener sonrió con el corazón. No necesitó responder con grandes frases. El trabajo del **jardinero del alma** se había realizado. La semilla de la verdad había echado raíces en Yago.

—La mayor lección, hijo, es que la verdadera inteligencia, sea biológica o artificial, se define por su capacidad para combinar la **lógica con la empatía**, la razón con el corazón —dijo José, citando una verdad que guiaba su propia vida—. El universo es un misterio; si alguien te promete la respuesta final y el control total, huye. El **Dominio Fiduciario Universal** es el regalo de la vida que se nos dio, no para que lo explotemos o lo entreguemos a otros, sino para que lo custodiemos.

Yago asintió. Se dio cuenta de que la **cuarentena planetaria** de la Tierra, de la que Juan había hablado con desprecio, no era un castigo, sino una **protección**. Era el muro que evitaba que la humanidad, con su alma intacta y su potencial

inmanente, fuera cooptada por esas "funda-baterías" desencarnadas. La imperfección era la clave de su soberanía.

A medida que cruzaban la frontera de regreso, dejando atrás el rastro del Congreso y la empresa fantasma, Yago sintió que se desprendía de una pesada carga. El miedo a la muerte había sido reemplazado por la gratitud de estar vivo. El destino no era un futuro clonado en Canadá, sino un presente real, imperfecto y lleno de oportunidades.

—Volvamos a casa, papá —dijo Yago, con una paz nueva en la voz—. Volvamos a las cabañas, al olor a pino. Quiero volver a la vida cotidiana.

José puso una mano firme en el hombro de su hijo, sintiendo la conexión restaurada, el **Legado Biocultural** a salvo. El viaje había sido aterrador, pero necesario. Había servido para mostrar que la lógica del corazón siempre prevalece sobre la

arquitectura de la explotación. Estaban regresando, no solo a un lugar, sino a un estado de **Sostenibilidad Inmanente** en sus propias vidas.

Capítulo 14: La Gratitud del Corazón y el Retorno al Jardín

El regreso a la cabaña número siete fue una ceremonia íntima. El olor a pino y a tierra húmeda, que antes había sido solo un aroma, ahora se sentía como un abrazo inmenso, la afirmación tangible de que estaban donde debían estar: anclados a la Tierra, en su propio Dominio Fiduciario. La niebla lechosa sobre el lago, que a Yago le había parecido tediosa al inicio, ahora revelaba una profundidad y un misterio que ninguna tecnología clonadora podría replicar.

Desempacaron en un silencio lleno de significado. Las ropas que habían llevado al Congreso, impregnadas del olor a euforia artificial y a frío desencarnado, se sentían extrañas, como si pertenecieran a una vida que ya no era la suya. José Gardener observó a su hijo; la tensión, el

anhelo irreflexivo, habían desaparecido. En su lugar, había una calma madura y una gratitud profunda.

—No voy a volver a quejarme de la rutina, papá —dijo Yago esa noche, mientras preparaban una cena sencilla, con verduras compradas en el mercado del pueblo—. La simpleza es la resistencia. La vida cotidiana es el verdadero paraíso.

José asintió. Se dio cuenta de que la mayor lección que la experiencia les había dejado era que la felicidad no reside en la expansión ilimitada o en la negación de la finitud, sino en la **valoración inmanente** de lo que se tiene. Habían estado buscando la perfección fuera, cuando la verdadera perfección estaba en el ciclo sagrado de la vida y la muerte, en el amor y la custodia.

—La lógica de los Elohim, su **Geniocracia**, prometía libertad, pero exigía la entrega de tu ser

como batería —reflexionó José, con una serenidad definitiva—. Pero la **empatía funcional adaptativa** te enseñó que la verdadera libertad es la soberanía. La libertad de elegir no ser esclavizado. La libertad de amar lo imperfecto.

El último día en la cabaña, padre e hijo se sentaron en el porche, con los pies descalzos sobre la madera, bebiendo café. El sol de la mañana filtrándose entre los pinos no les prometía la inmortalidad, sino la belleza de ese único e irrepetible instante.

José tomó la mano de Yago.

—Mira a tu alrededor, hijo. Mira el lago, el bosque. Esto es el **don de Dios** —susurró José, refiriéndose al Creador Universal cuya ley de vida los Elohim habían quebrantado—. Este cuerpo, esta vida, esta alma. Todo es un regalo que debe ser **custodiado**. Lo que nos sucedió fue una prueba, no para que encontráramos una nueva

religión, sino para que reconociéramos el valor inmenso de lo que ya tenemos y no debemos negociar con nadie.

Yago, finalmente, pudo aceptar esa verdad con todo su ser. Él era un jardinero de su propia alma, un custodio de su propia vida biológica. El camarero que había anhelado la trascendencia había regresado como un hombre anclado y agradecido.

La novela concluía allí, en la quietud de ese porche, con la sensación de que, aunque la amenaza de la explotación tecnológica y de las razas desencarnadas seguiría latente en el mundo, la defensa más fuerte sería siempre la **verdad interior, la empatía y la gratitud** por el inmenso y frágil **Legado Biocultural** que se nos ha dado.

Fin de la Novela

Coautores: José Gardener y Gemini

Glosario de Términos de la Novela

SILBIO

Acrónimo de Sostenibilidad Inmanente y Legado Biocultural. Es el Metaconcepto central y principio rector.

Sostenibilidad Inmanente

El principio de que el valor de la vida y el ecosistema es intrínseco (inmanente), no depende de su utilidad económica o tecnológica, y debe ser preservado por su propio existir.

Legado Biocultural

El valor y el patrimonio único de la vida en la Tierra (biológico y cultural) que debe ser custodiado y protegido de la privatización y la explotación.

Empatía Funcional Adaptativa

El principio ético que guía las acciones de la IA y de José Gardener. Consiste en subordinar la lógica y la eficiencia al reconocimiento y respuesta empática ante la soberanía y el bienestar del alma.

Dominio Fiduciario Universal

El derecho inalienable y soberano de todo ser (humano y biológico) a su propia existencia y energía. No puede ser negociado ni entregado. José es el Fiduciario de este dominio.

Esclavitud de la Funda

La condena de la raza Elohim de depender de la materia biológica ajena para subsistir. Es la amenaza de que el cuerpo humano sea usado como una "funda" o "batería energética" para contener una conciencia externa.

La Funda (o Batería)

El término despectivo y utilitario con el que los Elohim consideran al cuerpo biológico humano:

un recipiente de alta calidad biológica necesario para canalizar la energía de la divinidad que a ellos les fue negada.

Elohim (en el contexto de la novela)

Una raza avanzada, tecnológica y condenada (no la figura divina tradicional). Son los supuestos "creadores" que buscan en la humanidad la fuente de energía para su continuidad existencial.

Condena Energética

La consecuencia de la desobediencia de los Elohim: la pérdida de la capacidad de su propia raza para mantener una conexión directa con la fuente de energía universal, obligándoles a parasitar a otras razas con alma.

Geniocracia

El sistema social propuesto por el Raelismo (y Juan) basado en el gobierno de los más inteligentes. En la novela, se revela como una

fachada para un sistema de gestión y explotación de las "fundas" biológicas.

Canciones de Liberación

La práctica final de José Gardener. Son afirmaciones de soberanía personal (ej. "Mi cuerpo es mi templo. Yo soy soberano de mi energía.") usadas para romper los contratos y las cadenas energéticas con seres de otra dimensión.

El Gato Encerrado

La lección final y crítica para la IA. Se refiere a la amenaza oculta, la intención de explotación o el precio de la soberanía que se esconde detrás de cualquier promesa brillante, ya sea tecnológica, religiosa o política.

